

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, JULIO 15 DE 1873.

{ NUM. 40.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL DIAMANTE FALSO.

Si la ingenuidad y buena fé nos acarrearán millares de gozes que se renuevan en cada instante de la vida, la mentira y falsedad nos atraen tarde ó temprano pesadumbres tanto mas dolorosas, cuanto con frecuencia no está en poder nuestro el suavizarlas.

M. de Lucival, fabricante de sedas, dividía, así como su parienta, su cariño y desvelos entre sus dos hijas, Clemencia y Felicia. Una y otra habian nacido en un mismo día, y llegado ya á aquella dichosa edad, que adornando su sexo con el atractivo de la hermosura, es al mismo tiempo la época en que se forma el génio, y en que el pecho se hace capaz de impresiones que no se borran jamas.

Ambas hermanas mellizas, citadas por el cariño que entre sí se tenían, y por su perfecta semejanza, se diferenciaban, sin embargo, en sus gustos y propensiones. La mayor, sencilla y cándida, sin tratar jamas de disfrazar sus pensamientos, de ocultar las mas leves faltas, y ni aun las indiscreciones propias de su edad, repetía fielmente cuanto habia visto u oído, confesaba sin rodeos lo que habia hecho bien

ó mal; y no habia encubierto la verdad nunca bajo pretesto ninguno.

La menor, por el contrario, disimulada, y apasionada amante de la perfeccion, no convenia jamas en los agravios que habia hecho, ni en las faltas que habia podido cometer. Negaba con tenacidad y tison hasta la evidencia misma; y tomando á diversion la mentira, la empleaba por instantes para disculparse, para atribuirse mil prendas de que carecia; y en una palabra, para mostrarse superior á todas las doncellas de su edad conocidas suyas.

Las reconvencciones de M. de Lucival, y los cariñosos consejos de su esposa, no habian podido desarraigat de Felicia este hábito pernicioso de la mentira, que viciaba su ánimo y su corazon. No habia día ni minuto en que su bonita boca no se manchase con una impostura, que al parecer alteraba la frescura de sus labios de rosa, y cubria sus ojos hechiceros con el velo de una falsedad que destruía toda la expresion de ellos. Como ni aun un memorion es capaz de seguir el tortuoso curso de la mentira, ni menos de usar todas las precauciones que esta exige, Felicia, al encubrir continuamente la verdad, se hallaba á cada paso confusa, parada, y desmentida por mil fruslerías que ella no habia podido prever, y cogida casi siempre en mentira.

Cuando estaba divertida en el salon con frioleras, aseguraba á su madre, ocupada en una pieza inmediata, que estudiaba la geografía; pero un espejo que la descubria, la representaba á madama de Lucival anudando una cinta, ó manoseando un sombrero. Cuando sostenia no haber tocado en la despensa á muchas sobras de los postres de la víspera, en el instante mismo, al sacar un pañuelo de su faltriquera, echaba á rodar por el suelo almendras, pasas, avellanas y manzanas. Cuando habia derramado un tintero sobre el bufete y papeles de su padre, era el perrillo faldero que habia subido encima, y causado todo aquel estrago. Si habia rasgado su vestido, era alguno que al pasar habia rozado con ella; si malgastaba su mesada en golosinas, decia que lo habia invertido en limosnas; si queria eximirse de tomar su leccion de piano, de hacer visitas con su madre, y asistir á una comida de ceremonia, que en su creencia habia de ser fastidiosa, decia hallarse incomodada; perdía los colores cuando se le antojaba, y aparentaba indisponerse y caer sin sentido. En una palabra, la verdad, cualquiera que fuese, era en la apariencia para ella un veneno corrosivo, á que no daba entrada en sus acciones ni palabras.

Tan consumada falsedad irritaba á todos. Con ella

estaba affligido profundamente M. de Lucival, quien solo á su sinceridad y buena fé, era deudor del mucho caudal y alta consideracion que se merecia en el comercio. Habia tratado con frecuencia de domar este hábito mentiroso, que por dias iba destruyendo las buenas prendas de su hija; pero ni los avisos de la ternura, ni las amenazas de la autoridad paterna habian podido obrar la menor mudanza en Felicia, la que ocupada incesantemente en disfrazar los hechos y negar cuanto presentaba la mas patente evidencia, se propasaba á veces hasta el punto de comprometer la confianza y sencillez de su hermana, ya haciéndole creer cosas ridículas, ó ya encubriéndole cuanto la podia complacer ó interesar.

Cansados M. de Lucival y su parienta de tanto teson, idearon usar de una traza, que no dejó de hacer viva impresion en el ánimo de Felicia. Tomaron la resolucion, y para ello dieron órdenes formales á todos los criados, de hacer constantemente lo contrario de cuanto la tenaz embustera dijese, hiciese, desearse, ó mandase. Si Felicia venia á advertir á la doncella que su madre tenia necesidad de ella, sin menearse la miraba esta de hito en hito, y le sostenia que no hacia falta á su madre. Cuando se quejaba de que hacia frio, al punto mismo abria el lacayo los balcones que daban al Norte, diciéndole que estaba seguro de que se abrasaba de calor y que tenia necesidad de que le diese el aire. Si ofrecia algunos dulces ó golosinas á su hermana, los arrojaba luego Clemencia por la ventana, cierta, decia ella, de que no era sino un petardo. Finalmente, si aseguraba Felicia á su madre que lo pasaba á las mil maravillas, madama de Lucival la hacia subirse al punto á su cuarto, la ponía á dieta, y esparcía en toda la casa la voz de que estaba enferma su hija. Si esta, por el contrario, anunciaba que su salud estaba alterada, M. de Lucival afectaba entonces una completa seguridad, y hacia notar á todos la frescura y robustez de su hija. Un dia entre otros (era la víspera de un gran convite), se halló asaltada realmente Felicia de una calentura, y se vió obligada á meterse en la cama. M. de Lucival aparentó no creer nada de ello, y prohibió que fuesen á llamar al médico, porque seguramente, decia, no era mas que un nuevo subterfugio de su hija para no asistir á la comida. Por mas que Felicia protestaba que sufría mucho, le sostenian que lo pasaba grandemente, y no por esto se suspendió el convite. Sin embargo, el despecho de la enferma agravó en tanto grado su indisposicion, que fué menester darle algun alivio con los socorros del arte. «¿No es verdad, decia M. de Lucival sonriéndole al médico, que mi hija no tiene calentura, y que se burla de nuestra credulidad?—Desengañese vd., respondió el doctor con grave y sentencioso tono; la señorita está enferma, y aun de mucho cuidado.—A fé mia, respondió el padre, que mi hija nos engaña tan frecuentemente, que yo creia que esto era una friolera. Véase aquí, sin embargo, lo que es un ánimo mal impresionado: hubiéramos podido dejarla padecer por mucho tiempo, y aun verla espirar quizá en nuestros propios brazos, sin tener la menor sospecha de que pudiese correr peligro alguno.»

(Continuará.)

LA ORACION DE LA MAÑANA.

Como no quiero, mis pequeños lectores, creer que madrugueis á las nueve de la mañana, supongo que alguna vez habreis visto el hermoso cuadro que presenta la naturaleza en las primeras horas del dia. La frescura del aire que acaricia nuestra frente, las florecillas de vivos colores que nos deleitan con su vista y con su aroma, el gorgo de los pajarillos que saludan al sol, regocijados con su presencia, todo, todo tiene un encanto indecible, una ternura infinita. Cuando se levantan al cielo los ojos, y se ve tan claro, tan sereno; cuando se observa cómo se doran las copas de los árboles con los rayos matinales del sol, se experimenta una tranquilidad, una alegría verdaderamente infantiles, y no podemos menos que murmurar una alabanza en loor del Sér

que con tan ricas galas ha ataviado nuestro globo. En verdad no puede haber cosa mas justa que agradecer los múltiples beneficios que Él nos prodiga, y mas en esa hora tan hermosa, cuando toda la naturaleza se identifica para elevar su sublime oracion de la mañana, como invitándonos á imitarla.

Yo conozeo una niña, preciosa, que tiene por nombre el mas hermoso que pudieron darle: se llama María. Creo que ya es conocida vuestra, ¿no es verdad? Pues bien; esa encantadora niña, nunca, ninguna mañana se olvida de elevar al Señor su oracion, juntando su tierna vocecita á la alegre charla de las golondrinas; y cuando yo la pregunto por qué lo hace, suele decirme: «Porque mi madre me ha dicho muchas veces que debo hacerlo; que eso es propio de un niño agradecido, y que todos los niños deben serlo, porque la ingratitud es un vicio muy feo que endurece el corazon y le quita sus inocentes placeres. Cuando bajamos al jardin en las mañanas, me hace ver las flores y los pajaritos, y me dice que ellos no son ingratos, que menos debo serlo yo, pues soy criatura racional. Si encontramos algun gusanito, me hace ver cómo devora las hojas de los árboles, y me dice:—Mira, María, el mismo Señor que crió ese gusano que se alimenta con las hojitas tiernas de los naranjos, y apaga su sed en las gotas del rocío de la mañana, ese mismo te crió á tí; dale siempre las gracias, pues te ha dispensado mayores bienes que á él.—Por eso nunca olvido mi oracion de la mañana.»

¡Oh! cuán bueno fuera que todos los lectores del *Album* imitasen la gratitud de mi amiguita.

ANGELA LOZANO.

México, Junio 30 de 1873.

LA MODERACION.

Como son los niños inclinados á los extremos en todas las cosas, conviene que aprendan á ser moderados, es decir, á no escudarse nunca en la satisfaccion de sus necesidades, apetencias y deseos.

Sé moderado en el comer: ni te esciten los manjares mas sabrosos y mejor condimentados á escuder le medida de tu apetito, ni te ocupes con demasiado empeño de lo que debas comer para satisfacer la golosina. «No solo de pan vive el hombre,» dicen los Sagrados Libros.

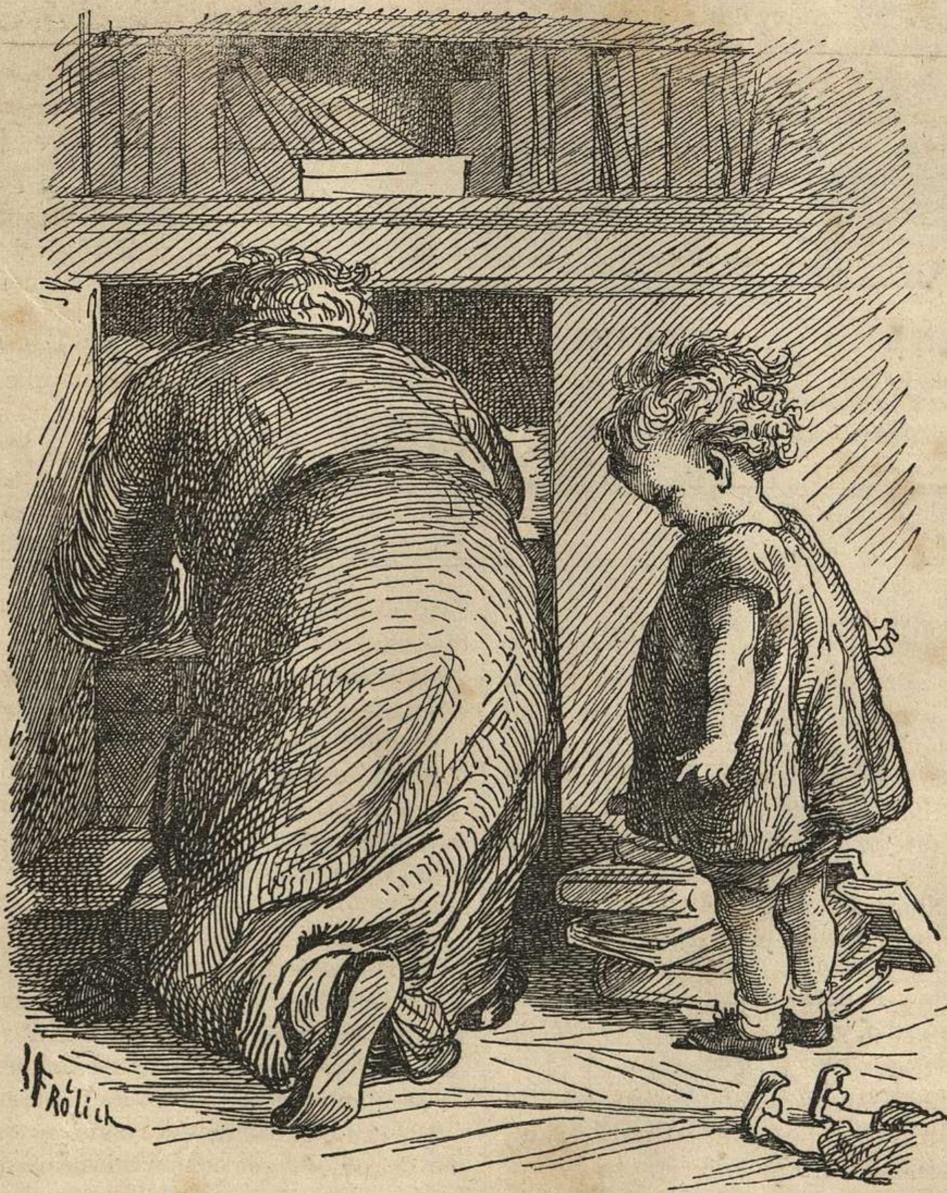
Aprende á moderar el apetito: no te haga salir del órden la tentadora apariencia de los manjares, que á vueltas del placer que dan al paladar, arruinan muchas veces la salud y destruyen por lo tanto el cuerpo.

Sé moderado en dormir: no adquieras el mal hábito de quedarte en cama hasta el sol salido; ó de dormir durante el dia; que es costumbre, una y otra, dañosa á la salud del cuerpo y provecho del alma,

Sé moderado en el hablar: el que mucho habla, mucho yerra, dice un proverbio nuestro; y añadiremos, mucho fastidia, pues es necesario gran caudal de intruccion, verbosidad, y hasta una voz simpática para que no cansemos al que nos oye. Habla solamente á tiempo, y calla cuando no debas hablar.

Sé moderado en el juego, que si bien es ejercicio provechoso al cuerpo al par que descanso para el ánimo, se convierte en vicio cuando se lleva al exceso; y ello te prueba que en todo debes guardar un justo medio.

MELITO Y EL GÜERO.



Aquella desatención del papá no le ha sabido muy bien á Melito, y está el pobre que se le pueden tostar habas, como suele decirse. No una, sino varias ocasiones le ha dicho su mismísimo papá, «que es una impolítica no hacer caso de las gentes, ni mas ni menos que si estuviesen pintadas.» Y Melito es

una gente como otra cualquiera, y le duele en el alma ver que no se le hace caso. Deja tirado en el suelo á maese Polichinela (que entre paréntesis ha demostrado que no le sirve para maldita la cosa), y aguarda con impaciencia á que el señor papá se digna por fin caer en la cuenta de que su Melito está allí.



VI

¡Loado sea Dios! Al cabo se dignó mirar á Melito el señor su papá. Melito, que hasta entonces habia reprimido su sentimiento, creyó que, pues su papá se habia servido de poner en él los ojos, era llegado ya el momento de desahogarse, y de manifestar con toda claridad lo que le estaba haciendo pedazos el

corazon. Púsose, por tanto, á gimotear con todas sus ganas. Y de tal manera lo hizo, que alarmado el papá, le interpeló diciéndole:—«¿Qué es eso, hijito? ¿qué tienes? ¿qué es lo que te pasa?» A lo que Melito apenas pudo contestar entre sollozo y sollozo:—«¡El Güero, papacito! ¡el Güero ha sido!»

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XXIII

CAMILO, Ó EL NIÑO CUYOS IMITADORES SON DESGRACIADAMENTE RAROS.

El señor y la señora Villalonga tuvieron algunas desgracias que los redujeron á la mas horrible miseria. En la época de su desdicha, se hallaban con cuatro hijos, de los cuales el mayor, llamado Camilo, no contaba mas que ocho años.

El señor Villalonga cambió su apellido y se hizo llamar *Sancho*. Entonces el señor y la señora Sancho vendieron lo poco que poseian, y seguidos de sus hijuelos se dirigieron hácia Granada, ciudad de los cuatro reinos de Andalucía, en donde un pariente de la señora Villalonga colocó á su marido en casa de un comerciante para llevar las cuentas.

Esta módica plaza producía escasamente lo necesario á esta honrada familia compuesta de seis personas. Cuando el señor Sancho volvía de su oficina, enseñaba á leer á sus hijos, porque deseaba que supiesen leer, escribir y contar, para tomar luego un estado que les procurase su subsistencia en lo venidero.

La solicitud del señor Sancho no permaneció sin efecto: bajo la direccion de un tal maestro, sus hijos hicieron los mas rápidos progresos: el mayor sobre todo, era su consuelo en medio de su desgracia: él era dócil, aplicado, oficioso, obediente, y estimaba á sus padres con el mas ardiente amor.

A los ocho años, Camilo leía muy bien, escribiendo y contando con alguna perfeccion, á pesar de no haber sido animado por recompensa alguna. Sus padres vivían con tanta economía, que no hubieran podido, sin atrasarse, gastar dos reales para com-

prar juguetes y confites: cuando Camilo habia leído bien, su padre le decia: bien quisiera yo poder recompensarte, querido mio; ¡pero nuestra situacion no me permite este placer! conténtate con el corazon de tu padre que te le ofrece entero. El niño abrazaba á su padre, asegurándole que sus deseos no se estendian mas allá, y los ojos del señor Sancho vertían copiosas lágrimas.

El mérito de Camilo en llenar sus deberes era mucho mas grande que el de la mayor parte de los niños, cuya aplicacion se ve recompensada con hermosos juguetes y confites de todos colores.

El señor Sancho no podia dar tampoco costosos vestidos á su hijo; pero el grande aseo de este niño le servía de adorno, y le hacia distinguir entre sus compañeros.

Camilo era tan cortés, tenia un tono tan dulce, un aire tan modesto y cariñoso, que bajo sus sencillos y ordinarios vestidos se conocía fácilmente que él habia recibido una buena educacion; porque este jóven niño estaba muy lejos de asemejarse á aquellos que bajo un lucido vestido tienen un tono tan rústico y un aire tan ordinario, que podrian tenerlos por niños de mercado.

La cortesania y buena educacion solas hacen distinguir á un niño de otro, porque el nacimiento y la fortuna, siendo efecto de la casualidad, por nada se cuentan entre las gentes de mérito.

Era tanto lo que el señor Sancho trabajaba para dar de comer á sus pobres hijos, que al cabo cayó enfermo. Su mujer le cuidaba dia y noche.

La afliccion y cansancio iban á hacerla sucumbir, cuando Camilo se ofreció á asistir á su padre durante el dia, y darle lo necesario.

Pasmóse por lo pronto la señora Sancho; pero, reflexionando sobre el carácter de su hijo, se decidió á tomar algun reposo, despues de haberle enseñado todo lo que habia de hacer. Era preciso ver enton-

ces á este niño, dotado de las mas raras cualidades de corazon, sentado en silencio al lado de su padre enfermo, sirviéndole con una habilidad y una presencia de espíritu superiores á todo elogio. Camilo se condujo tan bien en esta circunstancia, que su madre, poniendo en él mas confianza, daba todos los dias algunas horas al sueño.

De este modo este amable é interesante niño conservó la salud de su madre.

La ventana del cuarto del señor Sancho daba al jardin. Camilo veía á sus amiguitos que se divertían durante el dia en varios juegos, sin experimentar el menor deseo de ir con ellos. Estos niños, habiéndolo visto, le llamaron.—No, les dijo, no; que yo cuidó á mi padre..... ¡Tendría yo valor para alegrarme cuando él está enfermo!

El señor Sancho al cabo se restableció. Se le oía decir que él debia la vida á la solicitud de su esposa y á la de su hijo. ¡Qué elogio para un niño de la edad de Camilo! Con todo, no por esto se ensoberbeció, pues que no dejaba de tener bastante juicio para conocer que no habia hecho mas que llenar su deber.

LA DESOBEDIENCIA.

Repetidas veces habia dicho á Ernesto su madre, que era crueldad robar nidos de pájaros; pero lo olvidó un dia que con otros compañeros se paseaba por los campos. Uno de ellos le señaló un nido colocado en una rama muy alta, á la cual era, por consiguiente, muy difícil llegar.

Ernesto fué á buscar una escalera, y apoyándola en el tronco del árbol, comenzó á subir; y ya tenia el nido á la mano, cuando faltándole un pié, cayó en tierra y se rompió un brazo.

A sus gritos, y á los de sus compañeros, acudió la madre, y en viéndola el lastimado niño, exclamó: bien merecido lo tengo, mamá: todo esto me sucede por no haber seguido tus consejos.

Ya veis, niños, cuán de cerca sigue el castigo á la culpa, y cómo las faltas, sobre todo la desobediencia á los padres, suelen tener fatales resultados.

LA LLUVIA DE VERANO.

(FABULA.)

Muy de madrugada
Sale de su aldea
Lúcas, para un viaje
De unas ocho leguas.
No hay en todas ocho
Parador ni venta,
No hay por el camino
Arboles siquiera.
Gran calor aguarda,
Porque Julio empieza:
Va por eso Lúcas
Bien á la ligera.
De flexible paja
Sombbrero lleva:
Pantalon y chupa
Son de primavera,
Y alpargata leve
Calza, que sujetan
Lazos que le cruzan
Sobre empeine y pierna.
Con lo cual y un palo
Y un morral de jerga,
Lúcas diligente
Del lugar se aleja.
Aún el sol no asoma,
La mañana es fresca,
Nubes aparecen,
Se levanta niebla.
Horas van pasando;
La humedad se aumenta:
Ya menudas gotas
Por el aire ruedan,
Hasta que á torrentes
Lanzan las esferas
Lluvia que amenaza
Inundar la tierra.

Cuál estaba Lúcas,
 Júzguelo cualquiera:
 Hizose una sopa
 De piés á cabeza.
 No era ciertamente
 Grande su paciencia:
 Enojóse, y loca
 Se soltó su lengua.
 —Luego quieren (dijo)
 Que uno se someta
 Dócil á las leyes
 De la Providencia.
 Esta condenada
 Lluvia que no cesa,
 ¿Qué motivo tiene,
 Qué bien acarrea?
 Mala es y remala
 Para la cosecha,
 Y salud y vida
 Puede que yo pierda.—
 Esto hablaba el necio,
 Cuando de unas peñas
 Un ladron armado
 Sale y se le acerca.
 Lúcas imprudente
 Su garrote apresta,
 Sin mirar que el otro
 Tiene una escopeta.
 Del gatillo tira
 El ladron con fuerza;
 Mas por dicha el tiro
 Sin salir se queda.
 Lúcas acomete
 Con audacia nueva,
 Y el malvado entonces
 Huye entre las quiebras;
 Y para que Lúcas
 Algo se detenga,
 La escopeta arroja,
 Porque ya le pesa.
 Nuestro caminante
 Discurrió al cogerla:
 No estará cargada,
 Cuando así la suelta.
 Mírala, y entonces,
 ¡Cuál fué su sorpresa!
 Carga doble dentro
 Del cañon encuentra;
 Pero entrambas cargas
 Barro estaban hechas,
 Y lo mismo el cebo
 De la cazoleta.
 —¡Diantre! (dijo Lúcas
 Muerto de vergüenza),
 Locamente al cielo
 Dirigí mis quejas.
 Pólvora excelente
 La del ladron era,
 Y ella se inflamara
 Si estuviese seca.
 Niebla y lluvia hicieron
 Que se humedeciera:
 Si ellas me calaron,
 Me salvaron ellas.

*¡Gloria á Dios que rige
 La naturaleza!
 No hay mal en el mundo
 Que por bien no venga.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO X.

*Del modo de conducirnos cuando estamos
 hospedados en casa ajena.*

I

Evitemos, en cuanto nos sea posible, el hospedar-
 nos en las casas de nuestros amigos, especialmen-
 te de aquellos á quienes hayamos de ser molestos ó

gravosos, ya por la escasez de su fortuna, que los ten-
 drá quizá reducidos á necesidades interiores, de que
 siempre es mortificante se impongan los estafos;
 ya porque esta misma escasez no les permita obse-
 quiarnos debidamente sin hacer ningun sacrificio;
 ya, en fin, porque no teniendo aposentos desocupa-
 dos, hayan de desacomodarse ellos mismos para
 darnos alojamiento.

II

Es tan solo propio de personas vulgares é incon-
 sideradas el ir á permanecer de asiento en las casas
 á donde se trasladan sus amigos para mudar de tem-
 peramento y reponer su salud. El que toma una de
 estas casas con tal objeto lo hace generalmente des-
 pues de haber pasado por todos los quebrantos y sa-
 crificios que trae consigo una enfermedad; y aun
 cuando así no sea, sus gastos han de aumentarse ne-
 cesariamente, y siempre le serán gravosos los que
 se vea obligado á hacer para obsequiar á sus hués-
 pedes. Y téngase presente que estas consideraciones
 deben obrar en nuestro ánimo para retraernos, no
 solo de ir á habitar en las casas de nuestros amigos
 convalecientes, sino de hacerles visitas á horas en
 que los pongamos en el caso de sentarnos á su mesa.

III

Tambien pueden nuestros amigos trasladarse tem-
 poralmente á una casa de campo, no ya para tomar
 aires, sino con el objeto de descansar de sus fatigas
 y solazarse; y aunque es natural que cuenten enton-
 ces con recibir frecuentes visitas, y que presupon-
 gan los gastos necesarios para obsequiarlas, en todo
 lo que sea ponerlos en el caso de prepararnos ha-
 bitacion y sentarnos á su mesa, la delicadeza nos
 prohíbe hacer otra cosa que ceder prudente y racio-
 nalmente á sus instancias.

IV

Supuesta la necesidad imprescindible de hospedar-
 arnos en la casa de un amigo, procuremos perman-
 ecer en ella el menor tiempo que nos sea posible,
 sobre todo si el número de nuestros criados ó de
 nuestras béstias ha de obligarle á aumentar consi-
 derablemente sus gastos, ó si se ha visto en la nece-
 sidad de privarse del uso de algunas habitaciones
 que haya desocupado únicamente para recibirnos.

V

Las personas de buena educacion, aunque sea en
 establecimientos públicos que se encuentren hospeda-
 das, siempre procuran no hacerse molestas, ni lle-
 var sus exigencias mas allá de lo que es justo y ne-
 cesario, tratando con afabilidad á los mismos á quie-
 nes pagan su dinero. Por consiguiente, cuando es
 la amistad la que las recibe en su seno, sus atencio-
 nes son mucho mas esquisitas; y en su manera de
 conducirse tan solo respiran el deseo de correspon-
 der dignamente al obsequio que reciben, y de dejar
 agradables recuerdos en todo el círculo de la fami-
 lia de que, puede decirse, han formado parte.

VI

Ya se deja ver que en la casa en que estemos hos-
 pedados habremos de conducirnos conforme á las
 reglas establecidas en los artículos precedentes; pero
 tengamos entendido que en ella debemos usar siem-
 pre de menos libertad que en nuestra propia casa,
 por grande que sea la amistad que nos una á las per-
 sonas que nos rodéen.

VII

Esto no quiere decir que hayamos de mostrarnos
 esquivos á la cordialidad y confianza con que se nos
 favorezca, pues de esta manera corresponderíamos
 indignamente á la amistad y á la generosa efusion
 de la hospitalidad; sino que debemos establecer
 siempre una diferencia, por pequeña que sea, entre
 la libertad que nos brinda el propio hogar, y la casa
 en que vivimos accidentalmente, donde los princi-
 pios ya establecidos de la etiqueta no nos conceden
 igual grado de confianza que entre nuestra familia.

[Continuará.]

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Pocas personas tienen, como el padre de Pascal,
 el talento y buena fortuna de poder ser los maes-
 tros de sus hijos.

El niño no debe ser separado fácilmente de su
 hogar, porque ahí se desarrolla mejor su individua-
 lidad de familia, que no puede perder sin perjuicio
 de su carácter moral; y su separacion del seno de la
 familia, en una temprana edad, le aleja frecuentem-
 ente del padre, de la madre y de los hermanos,
 para toda la vida.

Aunque la instruccion pública debe preferirse á
 la privada, por ser de mejor naturaleza, sin embar-
 go, como cada una tiene sus desventajas particula-
 res, debe prepararse el cambio de la última á la pri-
 mera; y cada padre debe conservar el derecho de
 proteger á su hijo contra la injusticia pedagógica, y
 de velar y dirigir sus progresos.—VON AMMON.

El sér del hombre depende de la esencia inteli-
 gente, que procede de la vida primitiva, ó Dios; y
 como Dios mismo, tiene por destino solo un objeto
 determinado en sí mismo; esto es, la tarea de retra-
 tar aquella vida primitiva; reproducir la imágen de
 Dios, por el pensamiento y la accion.

Por tanto, el hombre debe ser educado hácia un
 carácter divino y no animal; y el futuro hombre
 debe ser guiado y sostenido por el hombre ya ma-
 duro, para que se haga capaz él mismo de alcanzar
 esa madurez, y pueda conducir por sí mismo su vi-
 da hácia su destino.

Para esto, la tendencia innata del niño debe ser
 estimulada, educada y convertida en un placer; de-
 be ser enseñado á obrar independientemente; su alma
 debe ser educada, y los sentimientos de justicia
 y benevolencia implantados en ella.

Este procedimiento no debe seguirse por mera
 costumbre, sino tambien por la instruccion; con este
 diligente fin, se guiará así al que aun no está
 educado, él será capaz de adquirir independien-
 temente por sí mismo el saber que necesita; así que,
 se perfeccionará él mismo en el camino recto, no
 por medio del instinto, sino concienzudamente.—
 GRASER.

La pedagogía es el arte de llevar á los hombres
 morales por una vía en que, tomándoseles por hom-
 bres naturales, sean capaces de señalar por sí mis-
 mos el camino de ser regenerados y cambiar su pri-
 mera naturaleza en una segunda intelectual; de tal
 manera, que esta segunda venga á ser habitual.

Esta es la tarea mas importante de la educacion;
 desarraigar las ideas características, pensamientos
 y reflexiones de la juventud, tan lejos como sea po-
 sible; de aquí es que los pensamientos, como la vo-
 luntad, deben comenzar por la obediencia.—HE-
 GEL.

Si la educacion se hubiera propuesto siempre la
 tarea mas noble, nunca hubiera encontrado otra,
 que ayudar al desarrollo de todas las facultades del
 hombre, para que fuesen lo mas útil en el servicio
 de la virtud, y mas capaces de usos morales.—NIE-
 MEYER.

EL CUADRO DEL BURRO.

(FABULA.)

Pintó el insigne Don Francisco Goya
 Con tan rara verdad y valentía
 Un burro de la casa en que vivía,
 Que el cuadro borricol era una joya.
 Mister qué sé yo quién, inglés muy rico,
 Veinte mil reales por el lienzo daba;
 Goya, que á la sazón necesitaba
 Un estudio bien hecho de borrico,
 Tenaz á enajenarlo se negaba.
 Oyendo al fin un día
 El asno vivo discutir el trato,
 Esclamó sollozando de alegría:
 «¡Mil duros dá el inglés por mi retrato!
 Por el original ¿qué no daría?»